

## Alegría contra el miedo o del (nuevo) pacto social

Jorge Úbeda  
jorge@transfilosofia.com

Hace unos días nació Daniel, el hijo de unos amigos, en medio del terror pandémico que vivimos y yo pensé en Hobbes. Hobbes resumió su nacimiento, y quizá su biografía intelectual completa, de un modo inolvidable: “*Mi madre dio a luz gemelos: yo mismo y el miedo.*” Y así parece que fue el 5 de abril de 1588 pues su madre, presa del pánico ante la visión de la flota española en las costas británicas, se puso prematuramente de parto y dio a luz a Thomas Hobbes y, con él, al miedo como pasión política creadora del *Leviatán* moderno, esto es el Estado, que describiría genialmente años después.

Sabemos desde hace tiempo que la cuestión política está sujeta a las pasiones, quizá con mayor fuerza que a la racionalidad y que en demasiadas ocasiones las pasiones que dominan en política no son, precisamente, las más frías sino las más encendidas y calientes. El miedo no es ni puede ser una pasión fría: se activa, como una emoción básica del ser vivo, para despertar el estado de alerta frente a una amenaza posible o real. Así, el miedo nos moviliza, aunque para respuestas simples y prosaicas: o huir o atacar. Es penosa la vida, quizá inhumana, del que solo puede estar escapando o atacando y tiene un final cierto y temprano: la muerte, en cualquiera de sus formas, a manos de otros. Nadie quiere vivir así y, por eso, está dispuesto a pagar altos precios por dejar de tener miedo: si algo o alguien puede garantizar una vida sin miedo o con la menor dosis posible de él, estamos dispuestos a entregar bienes preciosos para nosotros, como la libertad. De esta transacción -algo siniestra y ominosa, aunque franca- emerge el Estado para Hobbes que solo puede adquirir la forma de un monstruo marino: el *Leviatán*. El miedo será su razón de ser y la extensión de la seguridad a todos los órdenes, incluso íntimos, de la propia vida.

No son pocas las transformaciones variadas que ha sufrido la realidad del Estado desde entonces y las correcciones, no solo filosóficas, también históricas a las que ha sido sometida. Pero, a pesar de todo ello, cuando hay Estado lo que suele haber es seguridad y reducción del miedo. A nadie se le escapa, no obstante, los peligros que encierra que el miedo sea la pasión política por excelencia: en el miedo somos más manipulables, deliberar aterrados es casi misión imposible y el miedo es un productor incansable de ilusiones ciegas y sueños vanos. En definitiva, el miedo nos invita a subordinarnos a aquellos que nos garantizan nuestra seguridad y disfraza nuestra servidumbre en *derecho* y nuestra común fragilidad en *pacto social*.

La pandemia provocada por el Covid-19 nos señala como sociedad de interdependientes y ha puesto de nuevo, en primer plano, la necesidad del Estado como garantía de nuestra seguridad y refugio frente al miedo. Y en un

preciso sentido es bueno que lo sea: tenemos un miedo natural, necesitamos seguridad y no nos la podemos procurar por nosotros mismos. Pero es tarea del filósofo hacerse alguna pregunta más allá de este reconocimiento. ¿Puede significar esta brutal salida a escena de la realidad estatal un rebrotar de Estados basados en la respuesta, casi compulsiva, ante las distintas amenazas que pueden multiplicarse, analógicamente, sin fin? Las retóricas de guerra en boca de nuestros políticos -el virus como enemigo, todos somos soldados- o agónico-deportivas pueden indicar una mera reacción que pasará o un primer síntoma al que atender en el inmediato futuro.

Sin embargo, no todo es miedo en la vida humana, ni siquiera en tiempos de pandemia e inseguridad, pues igual de básico que el miedo, lo son la alegría y la tristeza. ¿Y si en este tiempo, además de miedo, nos atreviésemos a experimentar la alegría y la tristeza, también como pasiones políticas? En la alegría y la tristeza experimentamos nuestra propia fuerza y capacidad para vivir: cuando estamos tristes sentimos que nos faltan las fuerzas y la vida es un penoso día más, pero cuando llega la alegría nos sabemos plenos, nos bebemos los días y nos sabemos capaces de más. Y ambas pasiones no se frenan en los límites de nuestra individualidad, pues, así como la tristeza se atenúa en compañía de aquellos que, generosamente, nos quieren y acompañan, la alegría auténtica culmina en los placeres compartidos, la risa gratis y la fiesta con otros, aunque sea por videoconferencia. Ambas son necesarias para acompañar una vida que nunca es neutra y cuyo ritmo continuo es de plenitud y vaciamiento; una vida en la que si el miedo lo llena todo puede acabar con ella. La alegría y la tristeza moderan nuestros miedos, los ponen en su lugar y hacen de él un vigía prudente de las amenazas, de todas, también de las que pueden acabar con nuestra frágil libertad.

Me pregunto qué pacto social se pergeñaría a partir de la alegría y la tristeza como compensadoras de la intensidad acelerada e inmediata del miedo. No es fácil dibujar las líneas imaginarias de este pacto social, quizá tan nuevo que solo es una utopía más que nos condene a la melancolía. Quizá la muerte de cada uno tendría un lugar menos escondido y le tendríamos menos miedo, porque no tendríamos pavor a la tristeza. Quizá podríamos descubrir dignidad en formas de vida que aumentan nuestro capital de alegría y dar a luz sociedades y Estados más decididamente plurales y hospitalarios. Quizá estaríamos dispuestos a ceder parte de nuestra fuerza y capacidad a favor de que otros puedan alcanzar condiciones de vida donde la alegría no sea un lujo y la tristeza no sea siempre desesperación. Quizá daríamos lugar a un Estado que dejara de ser una máquina o un monstruo, y comenzara a ser un espacio abierto que respira al ritmo de los seres, humanos y no humanos, que protege y que desean, por encima de todo, no perder la alegría y no quedarse atrás en los momentos inevitables de tristeza.

Veremos qué pacto social nos depara el futuro. ¿Será Daniel, al contrario que Hobbes, un hijo de la alegría en medio de los miedos que hoy nos dominan?